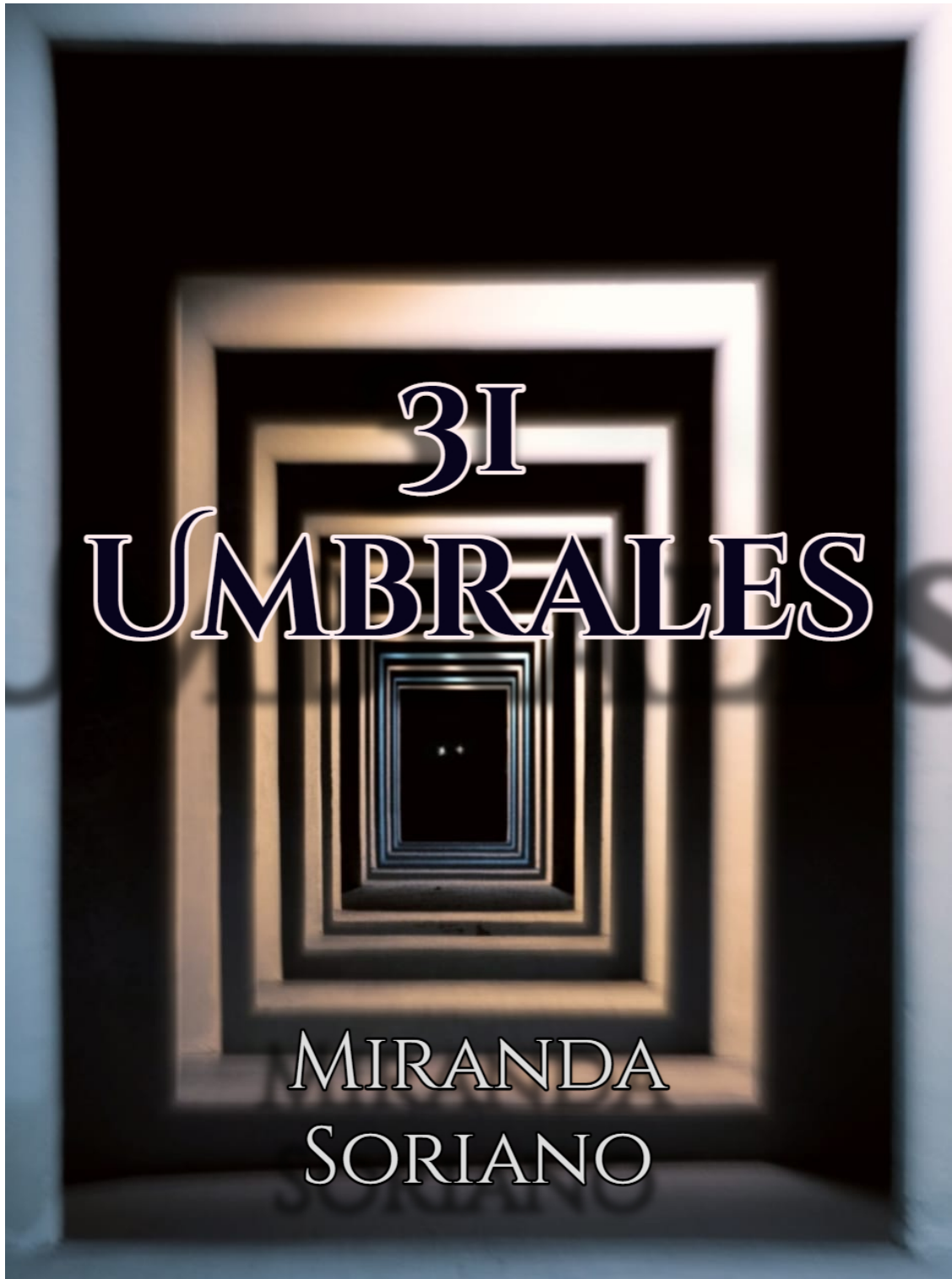


31 Umbrales

Miranda Soriano



Capítulo 1

Estaba de vuelta.

Lo primero que notó fue que el sentimiento voraz de añoranza había desaparecido. Su pecho se liberó del dolor.

Luego, abrió los ojos. Todo su alrededor era negro y pegajoso, sin ninguna señal de vida o humanidad por todo cuanto se alcanzaba a ver, salvo lejanísimos puntos brillantes que los soñadores creerían estrellas. No lo eran, y tampoco podrían comprenderse.

No estaba en el espacio, no estaba flotando entre galaxias ni hundiéndose bajo océanos; esta era su zona, su virtud y alegría.

El deseo de retornar fue remplazado por felicidad, por un tipo de bienestar que llega cuando sabes que perteneces.

Miró hacia abajo, no en dirección sino hacia su mismo cuerpo, y su brazo también estaba de vuelta, íntegro y articulado, capaz de hacer un puño y de extenderse cuan largo era!

¡Gracias, gracias! Pensó. ¡Oh, gracias! He vuelto, lo he logrado. ¡Estoy en casa! ¡Estoy en...!

Las luces se esfumaron, cayó del ensueño a la realidad.

Esto no es casa.

Nunca lo ha sido.

La oscuridad abrumadora le arrancó la tranquilidad absurda del pecho, depositándole a cambio terror puro en el corazón.

Sus venas de pronto estaban palpitando negra, volviéndose del color que rodeaba su cuerpo, y conforme la sangre contaminada fluía a través de su ser, como un alma que se tinte de horror, la incapacidad de comprender lo que pasaba lo volvió una esfera: se hizo un ovillo con los ojos bien cerrados y se enterró las uñas en el cuero cabelludo.

Esto no es casa. No... ¿Dónde estoy?

El viajero no sabía nada.

Su cuerpo comenzó a irradiar oscuridad, amenazando con convertirse en

parte del vacío, pero logró detenerse.

—¡Basta! —se rogó a sí mismo—. ¡Basta, por Dios!

La voz más horripilante que jamás había escuchado le respondió:

—¿Por qué pronuncias ese nombre?

Con todas sus fuerzas, el viajero comenzó a gritar.

Capítulo 2

Sus aullidos rebotaron directo a sus oídos, golpeándolo hacia atrás como si se hubiera gritado a sí mismo a un centímetro del tímpano.

Se calló.

Estaba temblando, aún flotando en la oscuridad que pertenecía, quizá, a aquella blasfema voz.

—Pronuncié la misma pregunta a alguien similar a ti.

—¿Eh? —respondió el viajero, captando las palabras del interlocutor por sobre un pitido—. Pero... yo no te conozco.

—Entiendo.

—¿Eres Dios?

—No.

—¿Lo conoces?

—Todos le conocemos.

—¿Estoy muerto?

—Haz memoria.

El viajero lo intentó, pero solo fragmentos de pasillos cremosos y tierras inhabitadas relampaguearon en su mente. Finalmente dijo:

—Caminaba por umbrales.

—Bella respuesta.

—¿Por qué reniegas de Dios?

—No lo hago —explicó, aún sin mostrar su rostro ni indicios de aproximarse—; pero, cuando su nombre suena en voces o pensamientos, vengo para recordarles a todos que aquí no se obtiene nada al orar, rogar, ni pedir socorro. Nada se consigue, siquiera, hablando.

—¿Dios no existe?

—Puede hacerlo.

—Aquí, justo donde estamos, ¿hay rastro de Dios?

—Aquí, entre umbrales, no hay nada.

El viajero quiso hacer otra pregunta, pero sintió que más allá de este intercambio no alcanzaría a comprender el plano donde se encontraba, así que enmudeció.

Si aquí no había nada, ¿la voz era algo?

¿El viajero era alguien?

Capítulo 3

Quiso desenredar el misterio, pero no pudo.

Si se ponía a pensar en cómo la nada intrínsecamente tenía que generar algo, pero entonces ese algo también se convertiría en nada y el ciclo continuaría, su cuerpo se ponía a palpar y secretar nuevamente esa oscuridad melosa, metamorfoseándolo en nada cuando aún era alguien; y, además de desvanecerse como un recuerdo, le entraba una jaqueca punzante, fruto del letargo mental.

Rodó sobre la negrura, navegando ese lugar que a cada segundo se sentía más ajeno, como sentarse en la silla del anfitrión al ser un invitado, como rondar por una casa vieja pero impecablemente limpia, o como usar el nombre de tu media naranja ya podrida bajo tierra. Entre más avanzaba, menos se movía.

Arriba era abajo, izquierda era derecha, todas las direcciones eran la misma al tiempo que todas eran distintas.

No, todo era igual.

Todo era de un opaco impenetrable.

Todo era un umbral.

¡Ah! Pensó. Yo. Lo único que cambia en esta fosa entre existencias soy yo.

¡Y se dio cuenta!

No es que ese lugar fuese a nada, es que era algo que solo contenía vacío.

Cual caja sellada con aire dentro, gemela de la mente del indiferente, emparentada con las autopistas que se doblan hasta el horizonte, espejo de una puerta abierta, parecido a escaleras sin destino, con el regusto a neblinas sobre un lago; simplemente, igual a...!

El viajero se tensó. Quedó suspendido entre sombras.

Igual a pasillos forrados de amarillo.

Igual a una fotografía divulgada.

Igual a sentirte observado.

Exactamente como no poder escapar de los pl

Pl nos i e

P—

De los planos liminales.

Capítulo 4

Eso era, allí había estado, entre pasillos y montañas: paseando a través de orígenes que no tenían ni principio ni fin mientras gente o cosas o lectores o Dioses que no existían le observaban caminar.

Había estado en esos espacios.

Había logrado entrar al mundo, al universo que existe tras bambalinas de la realidad.

Pero, ¿qué era la realidad? ¿Qué era él? ¿Qué diablos eran los B—?

Se detuvo. Cerró los ojos.

Lo importante es que se había ido de allí, había escapado. No sabía cómo, pero

tenía que ver con—

No sabía cómo, pero lo había logrado y ahora se encontraba en un sitio

en un plano

completamente diferente. Eso valía, eso servía.

Antes, infinidad; ahora, carencia.

Previo a que se inmovilizara pensando en cosas demasiado complejas, el viajero se apresuró a buscar una forma de salir de esta caja de cartón en la que habitaba.

El exterior y la negrura eran todo, no cambiaban y no parecían moverse. Él, sí.

Este espacio era lejano, amplio, basto, enorme, pesado y engorroso. Él, no.

El viajero era—

Soy la salida, pensó, ajeno ya a toda lógica.

El viajero se dio nombre antes de que a mí se me hubiera ocurrido tal nimiedad.

Aquí, en este abismo, me llamo Uro.

Se quebró las piernas y comenzó a introducir las en su estómago, cuya piel se hundió para dejar pasar las extremidades. Uro entonces metió un brazo en su estómago y usó el otro para empujar su cabeza hacia la salida, utilizando su ombligo para partir.

Desapareció volviéndose una masa de carne y ropa hasta volverse pequeño, pequeñito, microscópico, y se marchó.

La voz lo observó desde las tinieblas, cual incomprensible estrella, y se volvió loco al estar solo.

Capítulo 5

—¿Quieres comer?

—Gracias.

Algo depositó un cuenco frente a él, sobre la mesa, y desapareció para cuando el viajero puso abajo un periódico en blanco.

Entreabrió los labios, dio una cucharada pero la sopa pesaba así que miró hacia abajo. En su cubierto y en el plato reposaban algunos Uros pequeñitos, rompiéndose las piernas y abriéndose el ombligo para irse.

Una extraña sensación le hizo creer a Uro que había uno de más en el cuenco y tuvo repulsión.

¿Uno de más? Nunca los había contado, nunca los había visto así que era imposible.

Sí, imposible.

Devolvió todo a la mesa pues ya no tenía apetito y se puso de pie; le dolían las piernas, pero no tenía ningún hueso roto, así que—

No sentía dolor, solo ligero nerviosismo.

Las oficinas donde se encontraba le eran desconocidas, pero gracias a Di—

Pero, afortunadamente, nada era amarillo.

Ningún cubículo tenía paredes que imposibilitaran la vista y ninguno era igual al anterior, pero aquello tampoco lo tranquilizó pues sabía que no había vuelto a casa todavía. Ni una cosa que hubiera visto, desde hace mucho, pertenecía a casa. Todo eran imitaciones y mentiras en las que tontos como él caían con facilidad porque creían voluntariamente, no por inocencia, en ellas.

Uro se sentó. Ya no quería creer, pero las realidades engendradas por convicciones son imposibles de borrar.

En definitiva, ya no estaba en los cuartos traseros, pero tampoco había abandonado el plano alterno a estos llamado caja de cartón sellada, porque ahí estaba él, y dentro de él mismo estaba Uro.

¿Cómo salir de uno mismo?, pensó.

Imposible.

Sí, imposible. Oye, ¿aún tengo miedo?

Claro que sí.

Tengo muchísimo miedo.

Uro comenzó a llorar; entre sollozos se tomó las piernas y se meció hacia delante y atrás, hacia delante y atrás.

Mientras deplora sus penas, tú y yo podemos hablar.

Capítulo 6

Es temporada de libélulas, justo ahora.

En otro lado debe ser temporada de cerezos o de tristeza, porque tiempo y lugar siempre van de la mano.

Creo que a Uro le disgustan las libélulas, los cerezos y la tristeza; pero, de nuevo, a esa criatura no hay muchas cosas que le causen placer.

Espero que con ello no simpatices.

Las flores son lindas y la vida no está tan mal. Espero, también, que la tuya no lo esté tanto como para querer encontrar refugio habitando entre grietas. Sabes a lo que me refiero: esos e—... Es—

Déjame deletrearlo.

E

S

P

A

C

I

O

S

L

I

M

I

N

A
L
E
S

Son terribles. Atraen y te convencen de que podrías hacer algo para encontrar ahí la tranquilidad que busca inherentemente el alma humana, y tú les alimentas meditando sus posibilidades y fantaseando con sus leyes, como si así se pudiese comprender un poco más a algo que nació de la incompreensión misma.

Son insondables, nada más. Esos Ba—... B ms.

Odio que aquellos como tú les hayan dado nombre y, por ende, los hayan vuelto verdad. Me han condenado, aunque, gracias a ello también fui capaz, entre mi miseria, de crear este patético refugio.

Uro se encuentra en el umbral entre tu monumento de culto y lo que conocemos como Tierra o realidad. Ni aquí ni allá hay amenazas, solo soledad y un sentimiento mortal adquirido cuando entras en uno o en otro; es miedo e inquietud, es convertirse en el infinito entretanto intentas no perderte a ti mismo. Lo más cruel de esto es que nadie nunca es capaz de darse cuenta de que jamás han sido dueños de lo que son. Por eso no alcanzan nunca a disolverse con lo liminal.

Da vértigo intentarlo, porque nosotros mismos somos creaciones liminales: vacías e inestables, siempre esforzándonos por llenar la falta que nos corroe.

Creé esta cavidad entre universos, la Zona 31, para contener las ideas y procurar que la confusión no nos desborde ahí dentro en los pasillos y niv

ivele

N I V E L E S

, esos mundos que continúan multiplicándose cuando más nos damos cuenta de nuestro poder como creadores.

Uro es capaz de salir y volver a la realidad. Allá es donde quiere y debe estar. Tenle piedad y deja de expandir los Ba— r oo... c... ms...

Deja de leer justo cuando Uro cruce el umbral 30.

Por favor, no lo dejes caer en el 31, o él—

O él—

Debe cruzar solo 30 umbrales.

Escapará de aquí, puede hacerlo pese a lo que cree o a lo que cree creer.

Treinta.

Recuérdalo, Uro: treinta.

El 31 es tu zona.

El 31 es el umbral entre umbrales.

El 31 jamás te traerá paz, ¿entiendes?

Soy otra parte de Uro, otra versión o un pedazo de mi propia conciencia que sabe o que supo en algún momento de la eternidad lo que en serio quiero.

Te hablo directamente a ti, Uro lector, y te ruego, aunque aquí esas cosas no tengan efecto.

Atiende a mi súplica.

Ojalá no nos volvamos a topar.

Capítulo 7

Sabía que la humanidad no era toda mala, que no estaba toda podrida y retorcida, pero la aversión hacia ella, a lo que era el mismo Uro, ese humano bajo todo el miedo, crecía tras cada instante.

Daba miedo.

—¡Oh, cuánto miedo damos! —lloriqueó, levantándose para abandonar las oficinas e intentar apartarse del profundo desazón en su pecho.

Salió por una puerta distante y del otro lado se encontró con una amplia sala de arcade con máquinas de juego sobrepuestas unas con otras; había pantallas titilantes de colores jamás vistos, botones mezclados con palancas, pedazos de hierro y plástico creciendo desde la alfombra rasposa con manchas de peste.

Del techo también se asomaban máquinas volteadas, pero, en cuanto Uro las miró, el techo se alzó y desapareció.

Uro de inmediato se dio la vuelta para regresar por donde había venido, pero chocó con una máquina que reflejaba en su pantalla un juego de oficina, laberíntico, con dos palabras en negro que destacaban del fondo:

ESTÁS BIEN

ESTÁS BIEN

Pero no lo estaba.

Los arcades eran un mal sitio: eran un mundito donde muchos universos colindaban y se parecían demasiado, y pitaban tan similar y lo mareaban tan a menudo que todo se confundía en un gran asalto brutal a los sentidos.

Sus orejas se doblaron, gotearon y le escurrieron por el cuello como plastilina candente al tiempo que sus ojos se expandían. Sus pupilas crecieron fuera de sí y estallaron como partículas dispersándose detrás de los párpados. Su cara se torció.

¿Uro? ¿Uro?

—¡No quiero estar aquí! No quiero, no quiero.

¿Cómo salir? Oh, ¿cómo podría salir de tan indiferente infierno?

Crujidos, melodías, pitidos, choques, gruñidos, presiones, movimiento, luces, parpadeos, itanto, era tanto! ¡Por la mierda!

Tanto, había tanto.

—Y nada es humano.

Uro comenzó a derretirse. Su piel era goma y sus huesos, metal. Dolía, dolía tanto.

Que existieran las creaciones pero no sus autores dolía tantísimo.

Capítulo 8

Necesitaba escapar, huir, desaparecer, largarse de ahí; trascender a otro plano entre los muchos de este abismo.

¿Cómo hacerlo?

Trascender significaba volverse otro, transformarse para ser más de lo que ya era al tiempo que todo era contenido en la misma carcasa.

Cambiar, desarrollarse, ser un héroe, un campeón, un traidor, un demente, y vencer cualquier obstáculo.

—Me quiero ir, me quiero ir —continuó diciéndose—. Me quiero... ir.

Su cuerpo volvió a solidificarse, impidiendo formar una nueva máquina.

¡Ganar! Eso era: solo necesitaba vencer un videojuego. ¡Volverse un héroe, luchar, batallar, sufrir y vencer!

Se levantó y, tiritando, jugueteando con sus manos, se asomó entre los pasi—

Se asomó entre las máquinas para ver cuál funcionaba bien.

Aquellas pantallas cóncavas y sin forma proyectaban ventanas, piscinas, corredores, campos, casas, edificios, habitaciones, autopistas, laberintos, sonrisas, polillas, globos, avisos de peligro y otras cien tonterías inventadas que le indicaban que ninguno de esos juegos, ninguno de esos mundillos, era al que debía estarle dirigiendo su atención.

Continuó avanzando tras estrechar la mano de la suerte, con la promesa de que avanzaría únicamente hacia adelante a pesar de que la habitación de las aventuras se extendiera en todas direcciones por kilómetros y kilómetros a los cuales luego uno terminaría perdiéndoles la cuenta.

Adelante.

Si iba siempre hacia el frente era imposible que la confusión le alcanzara.

Sus memorias retrocedieron hacia el pasado, enfocadas en un punto en su adultez joven cuando la policía del centro comercial le había perseguido hasta un arcade mucho más brillante e iluminado que el actual.

Uro había destrozado (¿por accidente?) un stand recién inaugurado tras

arrojarse (¿ser empujado?) desde un segundo piso.

Nadie había hecho preguntas, pero todos gritaron y lo señalaron, y a Uro no le quedó más que correr lejos de aquel odio y desprecio, sintiendo que la vergüenza (¿la decepción?) le hacía salir ácido como sudor.

Quienes estaban en su camino se apartaban dando grandes arcos lejos de su alcance, y algunos gritaban mientras que otros solo lo miraban con enormes ojos que no entendían lo que sucedía.

Tomó un atajo y se adentró en el arcade del centro comercial creyendo que era la salida. Aquel era fresco pero apestaba, y estaba lleno de héroes, de aventureros, de asesinos.

Se escondió detrás de una máquina de pinball, luego, tras una máquina de un juego críptico que hipnotizaba a los usuarios, y acabó escabulléndose de vuelta a la libertad por la misericordia de una puerta a un extremo alejado de los guardias.

Aquel arcade había sido bueno, ruidoso y hediondo, pero bueno al fin y al cabo. Este era similar, pero no le brindaba ningún tipo de salvación.

Tenía que salir pues la caja era perdición y la odiaba.

Pies con iniciativa propia le dirigieron a una máquina que no estaba torcida ni malformada; contrario a todas las demás, estaba apagada. No producía ningún sonido y contaba con una palanca al lado de un botón, ambos indiferentes a moverse por voluntad.

—¡Es como yo! —dijo Uro.

La tocó y acarició, y la máquina se quedó quieta, sin decir palabra ni producir un grito.

Dentro de un sitio donde todo era alboroto, lo silencioso significaba condenación y esta era la forma de sobrevivir bajo términos personales.

Uro entendió de inmediato lo que debía hacer para vencer aquel reto.

Capítulo 9

Entre sus dedos quedó apesado el borde plástico de la pantalla y estrelló su cabeza contra esta, una y otra y otra vez.

Al tercer golpe, su frente se hundió y su cráneo se fracturó; sangre negra le escurrió por la cara y la nuca, manchando todo a su alrededor con hilos alargados de negrura, espesos y pesados.

Machacaba su cara sin parar.

Cuando la sangre volvía a ser roja, Uro se detuvo y arrancó pedazos del cristal roto que se metió a la boca. Masticó una sola vez cada trozo, dejando que estos le agujeraran el paladar, que le desgarraran las encías y que le atravesaran las mejillas.

El cristal roto se expandió de suelo a techo, destrozándole el semblante e invadiendo el arcade entero para convertirlo en una planicie de césped verde.

Justo donde colindaban todos los trozos de vidrio, se situó el horizonte de ese nuevo escenario. Uro apareció intacto de pie sobre ese tapete de hierbilla.

Contrario al arcade maldito, esta planicie no se expandía hasta perderse de vista; de hecho, no era más que un cuadro con relieve flotando sobre algún lugar. Uro gritó y se tiró al piso, arrastrándose torpemente hacia el centro del paraje. Ya ahí, mantuvo la cabeza baja, como besando los tallos verdes que le picaban la barbilla.

A su derecha había un bosque de, a lo mucho, quince árboles distribuidos en el rincón. A su izquierda descansaba una cascada cuyo fluido se desplomaba directo hacia el averno sobre el que flotaba.

El agua no hacía ruido al caer y de los árboles no provenía crujido o susurro alguno.

Su alrededor, allá fuera del alcance de la planicie, no era oscuro, sino más bien penumbroso pues se trataba de una imagen borrosa del sol al amanecer, misma que se repetía en los cuatro puntos cardinales.

Aquellas paredes no tocaban a la planicie ni entrechocaban entre sí. Arriba y abajo eran profundos, sin algo que los pudiera destacar.

Uro ya hiperventilaba para cuando se percató que ni siquiera él, tras

invadir este llano, era capaz de emitir ruido.

Se obligó a respirar más fuerte, más pesadamente, y no oía nada. Golpeó el piso, arrancó césped, gritó y se rasguñó el pecho para tratar de sostener su propio corazón ya que, entre sus manos, quizá, este sollozaría lo suficientemente desesperado para atravesar el silencio en el que se ahogaba ese cuadrangular intento de realidad.

Este rincón, este punto ciego entre astros era peor que nacer y morir en la nada, porque aquí había de todo pero no se te permitía gozarlo.

No es que Uro hubiera quedado sordo, es que alguien, la conciencia y naturalidad misma de esa planicie, excluía el placer del ruido a los pasajeros que por ahí tenían la desdicha de descansar de las torturas ya sufridas.

Próximas a estallar, las venas de su cuello se hincharon abominables cuando Uro empezó a gritar y continuó haciéndolo por intervalos incalculables, pues tanteaba sus chances con ello de obtener piedad, pero una plegaria jamás vociferada no puede resonar en ninguna víscera palpitante.

La planicie simulaba sordera pese a que sus oídos funcionaban bien.

¡Ser cruel, ente sin misericordia! ¡El barro al que imitas jamás sería tan despiadado!

Los árboles brindan calor, te impiden sentirte un huracán; y el agua obsequia soltura a cada goteo. En cuanto al sol, es imposible que exista otro idéntico, y que me ignore tan agudamente, sin apapachar ni un poco mi carne reventada.

Mientes a todo desafortunado que cae en tus dominios, tú, falsedad entre la belleza y el tormento, ¿cómo puedes desoír a aquellos que con tu verdad podrías salvar?

Uro terminó su oración sollozante, pero la planicie no cambió pues no oyó nada.

Capítulo 10

Otro momento del pasado reptó fuera del baúl de la memoria e inundó su ahora.

Alguien, conjunto de sus secuaces, le había dado por muerto tras romperlo a patadas y arrancarle el orgullo, y Uro se halló enterrado con una bolsa sobre la cabeza poco después.

No recordaba po—

No quería—

Uro no recordaba por qué le habían hecho pedazos o si siquiera habían tenido motivos comprensibles para hacerlo, pero lo que sí había logrado fue salir del campo de calabazas, enredado en raíces y manchado de barro, momentos antes de que el sol se pusiera.

Lo habían perseguido lejos de los poblados y en aquel momento yacía, medio muerto, entre cosechas de granjeros que nunca conocería.

Se alejó de la siega y persiguió con lentitud el rumor de un río durante algunas yardas. Se arrastraba cual mosca aplastada. Era incapaz de pensar pues tenía fracturados ambos tobillos, una clavícula, un pómulo, y había perdido varios dientes e incluso uñas.

Posesión completamente propia, su cuerpecillo, se concentraba únicamente en continuar porque lo único que le quedaba era ser terco.

Se cuestionó si alguien había recogido sus muelas o un trozo de alguno de los huesos que le atravesaban la piel. ¿Lo habrían conservado, lo venderían luego a un buen precio, o tan solo lo habían arrojado al fango?

Si él valiera algo, quizá lo hubieran dejado en paz. De valer tan siquiera un poco, lo habrían matado de forma piadosa.

Finalmente se derrumbó tras el río y frente a una franja de bosque, sangrando, muriendo.

La canción del dulce río volvió su desvanecimiento una canción de cuna para el infante cansado, y el sol besó sus magulladuras entretanto el bosque permitió canturrear a sus huéspedes alados y también a los peludos.

Había viento y el bullicio daba paz.

El panorama era cual lo que veía ahora: coartado y quieto, pero la diferencia era obvia y Uro sentía tanto odio como sentía amor.

Alguien lo había salvado antes de dar su último aliento, por lo que era imposible que estuviese muerto, depositado en un personalizado Más Allá. Pero, entonces, este lugar fuera del averno repetitivo lo conocía bien.

Eres patético, Uro. Desconoces lo que quieres, se te hace difícil siquiera saber quién eres. ¡Con eso nadie puede ayudarte! Aun así, nosotros lo intentaremos.

No escuchó la confesión de la planicie. La sordera es contagiosa.

Uro estaba tan abrumado por la contradicción en sus sentimientos que comenzó a vomitar fuego.

Capítulo 11

Uro vomitó flamas anaranjadas y rojas, delicadas como una decapitación; incendiaron de inmediato el césped sobre el que caían y se propagaron a lo ancho y a lo largo.

Sus órganos estaban intactos pese a la agonía, pero todo su exterior se llenó de pústulas y ampollas que, tan pronto reventaban, la carne bajo ellas se regeneraba y el ciclo volvía a empezar.

Noche dominaba todo plano existente, menos su estómago.

Tierra y suelo se impregnaron del fuego.

Escupitajos se sentían de pronto más sólidos sobre su lengua y al caer estos rebotaban, rodaban por la planicie y carbonizaban la vida artificial.

Entretanto devolvía el estómago, los soles, iniciando por el del sur, quedaron sin iluminación como si les drenaran su fulgor. Le siguió el del este, el del norte, y finalmente el del oeste. Esferas negras remplazaron a las estrellas.

Brasas ardían sobre la totalidad de la planicie, convirtiéndola en una hoguera titánica que destrozaba a los árboles y evaporaba el río.

Uro se fundía y sanaba, pero no llegaba nunca a morir.

Dejó de vomitar.

Cuando la planicie pereció, todo lo que rodeó a Uro era fuego sólido con apéndices como tentáculos o lenguas escurriéndose aquí y allá, y algunos se alzaban hacia lo alto para acariciar un cielo que no estaba allí.

Uro comenzó a comprender y, mientras lo hacía, habló por fin para explicárselo a su musa muerta y a las otras que acaso le observasen.

—Estoy enfermo y es tu culpa. Quizá tu objetivo jamás fue incitar mi agonía, pero claro que realizaste todo cuanto ahora me la produce. ¿No viste cómo, con apenas tocarte, mi ser no pudo soportar más la inmensa devoción que sufre por ti?

» Tu existencia envenena y embriaga, y debido a ti, o a la idea que tengo de tu ser, o debido a todas las cosas que te conforman y con las que seguirás prosperando, es que estoy enfermo cual mendigo.

Se incorporó tambaleante. Había dejado de arder y su voz era clara,

aunque entrecortada.

Las flamas parecieron preguntar: *¿Enfermo de amor?*

—¡Eso es! —una mueca dolorida cubrió sus facciones; Uro intentó sostener las manos del fuego, pero allí no había tal cosa—. Me encuentro enfermo por la obsesión, y confesarlo me duele el doble porque sé que no debería.

» Esto que acosa mi cuerpo no es normal. Las personas no vomitan lumbre ni sangran tinta, pero creo que también me equivoco al creer que soy, o que alguna vez fui un humano común. ¿En qué me equivoqué? Parece que condené cruelmente a mi corazón al ser un poco más pasional que el resto, y ahora me encuentro dentro de este cosmos entre cosmos para sentir la desdicha más grande de todas: una obstinación autoimpuesta.

» Meforcé a creer en ti, consecuencia de ello es que todo cuanto soy de ti depende.

Las llamas bailaban sin compás. Se hallaban completamente ajenas al discurso de Uro.

—Un día te descubrí, manifesté el plano que precede a este, y me enamoré de lo que creí que significaba. Pero pronto mirar a mi nuevo templo comenzó a escocerme el alma y me provocaba náuseas el saber que jamás podría habitarlo y vivir lejos de todo, tan cerca de la nada. Mi mente y cuerpo sucumbían ante tu presencia, fuese real o imaginaria. Traté de evitarte, liminalidad, pero en ese momento me encontré tan mal que solo quería vomitar.

Cayó sobre sus rodillas otra vez.

—Una acción, un recuerdo, un roce sobre mis ideas, desbordaron mi corazón hace mucho tiempo y por fin me encontré en la base de la escalinata que precedía a la franja que conecta con mi preciada, mi aborrecida, realidad pasada.

» Los umbrales eran infinitos al igual que mis sentimientos, pues temo y anhelo volver allá tanto como quedarme aquí. Pero te aseguro que, pese a tu veneno fantasmal, mi vida se desvanecería con mayor rapidez si se me apartase de ti.

» Delato mi ignorancia al haber creído alguna vez que el cariño es dulce y soberbio. En realidad, es visceral, con garras que destrozan desde dentro sin siquiera dejar una marca para justificar mi decadencia.

» Como ves, renovado Uro, el amor quema y asesina, pero lo hace siendo bello, como la brisa que arranca hojas mortecinas de ramas otoñales.

Sabía que estaba teniendo una conversación consigo mismo. Aun así, Uro cerró los ojos y extendió los brazos para estrechar a su esperanza mientras se precipitaba de cabeza hacia un hoyo negro.

Capítulo 12

—Rechazo tus llamas y tu concepto del amor —dijo la liminalidad imaginaria de Uro.

Esta no existía. Era otra voz en la cabeza del viajero, pero él elegía creer lo contrario.

—Negar y renegar no borra mi realización y esa es esta, desamparo mío: que no me refugies cava mi tumba lenta y seguramente, preciosa y radiantemente.

Mientras caía, Uro era descuartizado por tentáculos de fuego.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que te ahogues entre desventuras y tragedias? —preguntó la liminalidad.

—¿Buscas mi muerte?

—Quiero entender que lo que dices es verdad. Para ello, he de verte perecer.

—Ojalá fallezca pronto porque no puedo continuar así. Que sea en un minuto o en un millón de años, cualquier opción que permita que me brindes un espacio al que pueda pertenecer.

—Eso no pasará.

Nunca.

Jamás.

No se podía cruzar ese umbral.

Uro se echó a orar y, gritando, le imploró piedad al destino.

—¡Quiero irme de aquí!

Capítulo 13

La región entre un espacio y el otro era como un pedazo de carne infecta, y Uro no era más que una hambrienta mosca.

Era bendecido con enfermedad tan solo para ser arrojado de vuelta a algo que conocemos como infierno, pero no porque la liminalidad fuera maligna sino porque precisamente no tenía una consciencia a la cual apelar.

El alimento estaba ahí porque Uro lo cazó, lo cocinó y decidió comerlo. Enfermó por su propia culpa.

Se enteró del traslado que había sufrido fuera de los espacios liminales porque ahora sabía que estaba en una zona nueva creada sólo para él, y este era su boleto para escapar.

Del otro lado estaba la realidad.

Tenía que esforzarse por alcanzarla.

Capítulo 14

El dolor se acabó en un parpadeo y el agujero negro del que no quedaron rastros lo consignó cuidadoso sobre un caminito de tierra.

—¡Quiero irme de...!

La última palabra la retuvo en la boca, con temor de que el deseo se le cumpliera tras ver que había llegado a un sitio pacífico que, además, asemejaba mucho a una villa que conoció.

A sus espaldas una arboleda despejada se mecía alegre y muy verde, entre cuyos troncos serpenteaba el camino de tierra suave sobre el que se alzaba Uro. A los lados de este había florecillas blancas y amarillas del tamaño de lóbulos que daban la sensación de regalar sonrisas a los caminantes y desearles en silencio un memorable viaje.

Frente a él, a unos cincuenta metros de distancia, se alzaba un cúmulo de casitas jubilosas en medio de un valle donde todo estaba pintado con colores crema: las paredes de los hogares, hechos de madera pulida, eran de un beige claro, mientras que los techos de teja eran de un anaranjado claro y apenas saturado.

Arreglos y trastos adornaban las fachadas, cada cual más colorido que el anterior. Entre los caminitos a las entradas se entreveían reflejos azulados, como charcos de agua limpia que jamás secaba.

Fuentes compuestas de roca tallada flotaban a unos centímetros del aire aquí y allá, y su agua fluía como melodía sempiterna. Las ventanas de todos los edificios estaban abiertas para dejar entrar el aire fresco y permitir un fácil intercambio de buenos días con los vecinos. Del suelo brotaban lindas plantas similares a enredaderas.

El cielo era de un suave tono turquesa sin manchones de nubes. Dos lunas grandes que se sobreponían la una a la otra dependiendo de la hora del día podían entreverse detrás de las ramas de los árboles al sur.

Un peñasco se izaba a la derecha de Uro, mismo que rodeaba la villa como un brazo protector y luego perdía su forma un poco más allá.

Acompañado por un sentimiento oxímoron de alegría y pesar, Uro caminó decidido hacia la aldea.

La tierrilla bajo sus pies se hundía un poco cuando él la pisaba, como cuidándolo de no torcerse un tobillo, y a cada paso que daba, los soniditos y olores provenientes de la villa se le antojaban cada vez más claros, más

nítidos, más honestos.

Llegó en silencio y sonrió sin hacer ni un ruido.

Al pasar delante de una entrada escuchó una risita.

Capítulo 15

Frenó en seco, se giró algunos grados y miró fijo al umbral.

Este era también de madera. El material de la puerta recordaba a la porcelana y detrás de esta, abierta completamente, se veía una salita con buenos sofás y un pasillo bien iluminado. De buenas a primeras, Uro no localizó a alguien que hubiera podido producir aquel angelical sonido.

Dicho destino tampoco cambió cuando Uro se precipitó dentro de la vivienda.

—¿Hola? —dijo, mirando hacia todos lados.

Entró y recorrió el recinto estudiando los lugares obvios donde alguien pudiese habitar. Luego, escudriñó con cuidado los sitios en los que pudieran ocultarse. Nada. Nadie. Pero era definitivo que había oído una risa.

—Sal, por favor.

Levantó cortinas y hurgó gavetas.

—También me gustaría reírme —dijo Uro.

Desde afuera llegó un airecillo y con ello la risa volvió, esta vez un poco diferente, pero quien sea que la hubo producido debió tomar un atajo fugaz hacia el mejor escondite del mundo, pues, aunque Uro persiguió el sonido, no se encontró con nadie.

Se recargó un poco en el borde de la entrada, apenas lo suficiente para que esta no crujiera bajo su peso, y se puso a barajar sus alternativas.

Gran satisfacción vendría de salir devuelta a las calles. Ya allí buscaría una banca cómoda y aprovecharía la tranquilidad ahora que la tenía tan a la mano... Pero la nostalgia que le sonaba como ondas dentro del cuerpo le recomendaba que rendirse en su búsqueda por otro humano quizá no fuera lo más sensato.

No tanto porque así había más posibilidades de sobrevivir y de hacer frente a la locura, sino porque su cuerpo anhelaba toparse con otro además del propio. Era como si una pieza en el rompecabezas de su espíritu faltara.

Si por él fuera, el otro humano podría perderse para siempre después de

que Uro apenas lo viera.

Ya no quería la liminalidad, ahora—

Una tos resonó en la cocina y Uro corrió de vuelta dentro. Volcó una silla al pasar, lanzó una disculpa al aire y se quedó bien quieto al pararse en la entrada-salida de la cocina.

Vio cazuelas, un cajón abierto y una ventana de esas que no pueden ni abrirse. No había sitios para esconderse y, aun así, allí nadie reposaba.

Ese alguien hubiera tenido que pasar a Uro si hubieran usado la puerta, pero...

Oyó un ruidoso estornudo en el patio trasero.

Capítulo 16

Al llegar, ¡gran puta sorpresa!, no halló a nadie.

Fastidio y desesperación le lamieron la nuca.

Engrapó sus párpados todo lo más abierto que podían estar de mano de la determinación y Uro se dijo que esto era demasiado. Quien sea que fuese el que lo evitaba, no hacía bien su trabajo de sigilo.

Eso, o...

—¿Te burlas?

Lo que había en el patio trasero era un pozo sobre el que colgaba una cubeta de aluminio que se balanceaba sosamente.

—Te ríes, toses, estornudas, ¿y ahora te lanzas al pozo para eludirme? Seguro padeces también del mal de la esperanza porque nadie pondría tanto empeño en escapar de otro sin estar tan fracturado y aterrado de que siquiera un soplo de aire pueda derrumbarte.

Uro se acercó al pozo mientras hablaba y el final de su frase rebotó en los muros desnudos de este. Allá al fondo, agua apacible lo miraba de vuelta.

Soltó una maldición tan fuerte que provocó olas en el interior del pozo y lo que rebotó en ondas de sonido no fue el chasquido de salpicones, sino algo parecido a murmullos que no se atrevían a decir nada claro.

Uro miró fijo al agua.

—¿Hola?

Murmullos.

—¡Hola!

La cubeta a un lado de su cabeza se sacudió por el grito, pero en lugar de rechinar, su vibrar provocó un estornudo.

Otra tos, imitante de la primera, alcanzó sus tímpanos y Uro corrió dentro de la casa para ver que otro cajón estaba ahora abierto. Sin poder creerlo, tomó la manija de una alacena, tiró de ella y esta tosió.

Cuando Uro salió corriendo de la morada, la puerta se cerró a sus espaldas con una risita.

Capítulo 17

Se tiró en el caminito fuera de la residencia, con todo el cuerpo contra el suelo como si deseara fusionarse con él: las piernas unidas cual cola de sirena y las manos pegadas a los oídos apenas lo suficientemente fuerte para dejar que los sonidos amortiguados le alcanzaran.

Tenía la frente y la nariz presionadas contra un fragmento de césped y le dolían los ojos, pero seguía escuchando. Lo peor de este sentido, de esa bendición, es que solo tienes que estar ahí para permitir que los ecos te alcancen.

Percibía toses, ronquidos, silbidos, susurros, gritos, aullidos, cantares, risas, lloriqueos, gruñidos, tarareos, cuchicheo, y todo ese alboroto pertenecía a voces distintas. Uro oía a bebés y a ancianas mayores, a hombres maduros y a chicas adolescentes, y cada voz le abría un nuevo hueco en el alma.

No deseaba escucharlas pero sus mismos puños eran incapaces de cubrir por completo el rumor del exterior.

—¡Esto es muy injusto! ¡De nuevo te burlas de mí!

Aunque sabía que estaba por su cuenta y que la liminalidad verdadera jamás se había interesado en escuchar a sus visitantes, Uro tenía que encontrar a un culpable.

¡Señalar, señalar! Vuelca todo al exterior, allá recóndito en la distancia debe estar el que te trajo aquí.

—Te maldigo, a quien sea que me ha permitido quedarme, ¡te condeno al peor de los destinos! Aunque ya nada puede ser peor que el mío, así que espero termines aquí donde yo padezco y que también seas torturado cual bestia.

Los surcos en su alma, en su ser, se expandían entre más los muebles y los objetos producían sonidos robados.

Uro abrió los ojos apenas un poco. Su vista estaba nublada por agobiadas lágrimas.

—Déjame saludarte. Déjame verte, te lo ruego. Ven y permite que te toque y que te sienta, y cuéntame todo lo que quieras contarme acerca de ti para saber que eres real. Porque me duele —admitió—... Me duele que no estés aquí, humano; hermano, hombre, mujer, compatriota o como

desees que te llame, aunque solo me leas y no me escuches.

Sollozó:

—Tan solo permíteme despedirme.

Capítulo 18

Antes lo había negado, era ignorante de ello e incluso llegó a ser indiferente, pero ahora Uro lo reconocía.

No se podía dar el lujo de perderte, ni a nadie de los de tu clase.

Sin importar—

NADA.

Ni a ti ni a nadie.

Uro no pertenecía a los umbrales porque ningún ser humano lo hacía, y él los necesitaba. A cada instante tumbado en el suelo y acosado por sonidos que solo bocas merecían pronunciar, se daba cuenta.

Percatarse de ello lo arrastraba más hacia el infinito vórtice de abandono sin fondo en el que retozaba.

—¡Ya basta!

Dejó de llorar y se incorporó a pesar del mareo, pues la nostalgia le rellenaba también de furia por ser un inútil.

Echó a correr fuera de la villa, los sonidos le persiguieron con manos invisibles hasta cien metros tras la salida. Uro continuó corriendo. Un escalofrío le recorrió entero al percatarse de que, al pisar la grava y las florecillas del camino, estas soltaban quejidos doloridos tan diminutos como ellos mismos.

—¡Lo siento! Vaya... Discúlpeme.

Se desvió, pero se detuvo antes de pisar el bosque pues razonó que allí cada arbusto y retoño pisados le reprocharía, así que giró y embistió directo contra el peñasco tratando de chocar y romperse el cuello o de trepar hasta el cielo para pedirle a los ángeles una explicación.

Gritó y cargó contra las piedras ásperas lanzando su cabeza por delante del resto de su cuerpo. Se estampó en un suelo de azulejos grandes, brillantes, con patrón de ajedrez.

De nuevo, silencio.

Capítulo 19

Esta vez no era un silencio sofocante ni absoluto, pero sí era uno inquietante.

Uro se incorporó agradecido de que sus pisadas pudieran crear ecos, aunque la previa desesperación seguía bien presente en él y Uro sabía que había aparecido para quedarse. Era un rasgo de sí del que se había olvidado hasta entonces.

Como fuese, ahora había caminado directo a un sitio de techo bajo, paredes forradas de un material parecido al aluminio, y el piso era de poco más de un metro de ancho: tres baldosas (negra, blanca, negra y luego blanca, negra, blanca) a lo largo, no más.

Aunque era incómodo, a Uro no le disgustó que fuera reflejante y fresco. Contrastaba con el encierro brutal.

Frente a Uro, el pasillo giraba a la derecha. Tras él, lo mismo, pero no se molestó en ver por sobre su hombro debido a la sombra que se asomó por la esquina y desapareció tras la pared curva.

—¡Oye! —Uro le persiguió—. ¡Espera! ¿Hola?

Era rápido, por lo que pronto volvió a ver a la sombra, pero esta no se detuvo.

Pasos y pisadas iban y venían, pero el sonido no se alejaba nunca del todo. Fue hasta el cuarto intento de fallida conversación que Uro se dio cuenta de que estaba corriendo en círculos, literalmente. El pasillo tenía forma de dona.

Uro se detuvo y pronto tuvo a la sombra a sus espaldas, giró, pero apenas se percibieron el uno al otro, retomaron su persecución.

Pese a los muchos gritos y súplicas, la sombra nunca replicó.

A las cien vueltas:

—Estoy cansado —dijo Uro, entre trotando y rebotando de pared en pared—. Para, te lo ruego. Pero no te alejes, ¡ven conmigo!

Alucinó que le preguntaban el por qué y respondió:

—Me recuerdas a alguien a quien extraño.

—¿A quién?

—A muchas personas. Cualquiera humano luce como tú.

—Ya veo.

—¿Eres uno?

—No, Uro —se respondió a sí mismo, usando una voz que brotaba si transformaba su rostro en el de un monstruo—. Lo siento.

—Quiero verles, pero solo tengo...

El pasillo circular se rompió cual hoja seca.

Capítulo 20

Los fragmentos se hicieron añicos y los añicos, polvo que rodeó a Uro como encerrándolo en una bóveda esférica.

El desgraciado se encontró en medio de un trillón de reflejos, cada cual lo miraba de vuelta con los mismos ojos carcomidos por el abatimiento y el pesar de intentar alcanzar el paraíso solo para caerse a unos metros de distancia. Al levantarse aún podía verlo, corría a él, y el proceso se repetía.

Furioso, se arañó la cara y se arrancó el cabello, gritando con fuerza al tiempo que brotaron de sus ojos lágrimas que derretían.

—¡Por piedad! Me quiero ir, me quiero ir, me quiero ir, ino me importa que las súplicas no surtan efecto, ya no sé qué hacer!

Uro lloró hasta que el tiempo se anuló y todo lo que prevaleció fue el dolor y sus plegarias, pero no le permití escapar hasta que lo juzgué honesto y arrepentido.

Escapar significó para él recordar.

Uróboros, al por fin abrir los ojos, se acordó de quién era.

Capítulo 21

Uróboros, el protagonista de nuestra historia, congéneres míos, no es tanto un "él" o una "ella" sino más bien una criatura sin sexo ni estigmas de género, perteneciente a una antiquísima especie incapaz de describirse sin usar a otras que conocemos como ejemplos.

Los que son como Uróboros, conocidos como Nnterales, nacen de huevos incubados por las creencias humanas. A partir de su eclosión, un Nnteral pasa sus días eternos en un valle inmenso rodeado por lagos, nubes y montañas lejanas parecidas a rascacielos debido a su forma rectangular alargada. Dos lunas amantes les vigilan desde el horizonte, y un sol bendito de rayos curativos los visitaba por varias horas hasta cansarse y despedirse tras las angulares montañas.

Idealiza esto: apenas nacer, un Nnteral es como un grueso ciempiés de muchos metros de largo, con rostro de conejo cuyas orejas arrastran por el suelo y eventualmente son arrancadas de su cráneo por sus propios y torpes pies.

Conforme crece en edad y madurez, el cuerpo alargado del Nnteral se encoge en distancia, pero gana piel, huesos internos y un juego más complejo de órganos bajo la carne. Se trata de un proceso doloroso, para el cual ha de canibalizarse a sí mismo.

Poco después pierde el rostro de conejo pues este metamorfosea al de algo entre humano y lechuza, de grandes ojos negros sin pupila sobre una nariz como dos agujeros y una boca de pequeños dientes.

Se alimenta de viento y anécdotas, y de echar siestas milenarias en todo lo largo y ancho del Valle Nnteral.

En su cumpleaños número cien, el Nnteral cambia por última vez. Su cara queda prácticamente igual salvo que un toque encantadoramente siniestro cuelga sobre sus facciones, hecho extraño porque nada de malo o retorcido hay en su especie.

Además de eso, su cuerpo crece en altura, a unos seis o siete metros desde garras a cabeza, y este es igual a una combinación entre rana y dragonzuelo.

Seres desafortunados a la vista que disfrutan del silencio y conocen bien cuál es su trabajo en dicho universo al que han sido destinados.

De ahí proviene Uro, de nombre real Uróboros, que fue la excepción de la regla.

Capítulo 22

Mantén presente que los Nnterales no pertenecen a este mundo.

Los humanos mediante los cuales son traídos a la vida forman parte de un universo distinto: un mundo paralelo, si gustas.

Las creencias por las cuales son concebidos dictan que los Nnterales ponen rostro a un tipo de deidad ni todopoderosa ni mágica que representa a la indiferencia.

Su existencia en dicha área terrenal permite que la indiferencia, la soledad, el desinterés formen parte del mundo. Así como los suspiros excretan toxinas, los Nnterales dan la habilidad a los humanos de elegir y de sentir el desinterés como cualquier otra emoción.

Condenados a esa misma capacidad, ningún Nnteral debe o, realmente, desea abandonar su Valle. Por naturaleza son perezosos y, aunque capaces de hablar, prácticamente nunca lo hacen. Ven al barro y a las galaxias con el mismo vacío desinterés, pero aquello no les duele o molesta, ¡claro, hasta que nació Uróboros!

En el Valle Nnteral, vasto y plano, cuando fallece el más anciano, un huevo escamoso aparece en algún lugar de la planicie. A veces sobre el cuadrado alto de las montañas, a veces en las orillas de un lago, a veces flotando entre nubes. En el Valle, por ende, el número de habitantes siempre es de 24 perezosos vivos.

Quimera retozaba panza arriba en una sección mullida de campo, rodeada de raíces que no pertenecían a ningún árbol o planta visible desde la superficie. Frente a ella se formó un huevo que brotó del aire y, al ser muy floja para mover la cabeza, lo observó hasta que eclosionó.

Sintió breve desagrado al ver al recién nacido pues había olvidado lo horribles que eran en esa etapa de sus vidas, en especial porque ese ejemplar estaba enroscado como espiral infinita sobre su propio cuerpo, ocultando su cara entre pliegues de patas y haciéndolo lucir como un borrón satírico de realidad.

Debido a que los Nnterales no tenían contacto, voluntaria y prohibidamente, con ninguna otra especie, existía la tradición de que quien viera primero a un nuevo integrante de la familia, debía nombrarlo utilizando su conocimiento en historias y leyendas que solían flotar para llegar a sus oídos desde todas distantes direcciones.

Quimera no tuvo ni que echar más que un vistazo para bautizar al recién

llegado.

—Te llamarás Uróboros, ya que como uno nace, uno vive, y en tu futuro no veo más que ciclos de terror continuo. Obsesión. Traición. Estupidez. Difícilmente estos encontrarán un final que abra otra puerta más que la que lleva de vuelta al inicio.

Cerró los ojos y se acomodó para tomar una siesta.

—Atarás a tu cuello una soga por propia voluntad.

Capítulo 23

Uróboros creció como cualquier otro Nnteral saludable.

Debido a que criaturas míticas como ellos no tenían enfermedades que afectaran a su raza, nada en particular impidió que alcanzara un pleno desarrollo.

Algo particular en él era que poseía garras peligrosas como las de ningún otro y una cola más larga de lo normal.

Por su taimada vivacidad, los Nnterales no molestaban ni eran molestados por sus compañeros. Uróboros carecía de esto. Solía levantarse temprano todas las mañanas y trazaba caminos largos entre montañas y campos, tomando especial interés en asomarse por los bordes de su confín hacia abajo, a una Tierra que nunca debía conocer o anhelar.

Durante mucho tiempo, otros Nnterales no se enteraron de sus costumbres, pero, cuando lo hicieron, comenzaron a verle con malos ojos. Era como si un ciervo comenzara a comer carne y los miembros de su rebaño temieran ser la próxima víctima.

Cierto día, Quimera decidió echarse a degustar el aire que zumbaba en una islita cerca del lago más grande del Valle. Apenas aguzó los oídos al notar un chapoteo que se le acercaba por la izquierda. Vio a Uróboros aproximándose a paso bailarín, sonriente.

Quimera frunció los ojos y volteó el rostro con desgano.

—Hola, Quimera —saludó Uróboros, posándose a su lado y sacudiéndose la frialdad de encima—. Te estaba buscando.

Ella no preguntó el porqué pues no le interesaba, así que Uróboros continuó hablando. Su pregunta destrozó la calma de Quimera.

—Estaba pensando y, me preguntaba... ¿Qué pasaría si abandono el Valle?

Capítulo 24

Quimera levantó la cabeza, estirando el cuello cuan largo era para mirar bien a Uróboros. Por un instante creyó estar soñando debido a la imposibilidad del cuestionamiento.

De inmediato, una oleada de indignación la hizo mover los labios.

—¿Por qué querrías hacer algo así? Es raro incluso que la ocurrencia te venga a la mente.

—Quiero saber qué hay allá abajo, lejos de nuestro Valle.

—Nosotros no experimentamos deseo.

—¿Ah, no?

—Ni un poco.

—Pues yo sí. Por favor, Quimera, dime ¿qué pasaría si me voy? Cuéntame, ¿de quiénes son las voces que oigo a través del tiempo y el espacio?

Ella sacudió a cabeza y se estremeció.

—Son humanos, ya te lo había dicho. Bajando cientos de declives y cruzando entrazados caminos, allá, lejos, hay ciudades, pueblos y casas con personas que experimentan todo tipo de vivencias. Hablan, creen, hacen y piensan demasiado, y nunca parecen estar satisfechos.

Los ojos de Uróboros brillaron con fascinación, así que, para dejar de alimentar su curiosidad, Quimera le dio más advertencias.

—Para responder tu otra pregunta, si te fueras de aquí, dejarías de ser un Nnteral. Los humanos, por igual, solo pertenecen a lugares con más humanos. A veces, pueden vivir acompañados de otras criaturas que puedan aprender a vivir en paz con sus exigencias. Las personas pueden ser volátiles y sanguinarias tanto como pueden amar con todas sus fuerzas. Por ello es que son tan complicadas —afirmó—. Tal como ellos, Uróboros, nosotros no podemos abandonar nuestro lugar. Los humanos saben que existimos, pero no les importamos, así como no le prestan demasiada atención a las nubes que bailotean en el cielo. Como Nnterales, debemos regresarles el favor.

—Pero eso es imposible.

—Todo se puede si lo intentas con decisión.

—¡Excepto ignorar a los humanos! —replicó energético Uróboros—. Están llenos de cosas que me encantaría conocer: como esos cuentos que imaginan al soñar, el por qué su cuerpo se vuelve fuerte y luego más y más débil, o la manera en que enloquecen por culpa de otros de su misma especie. Se encuentran tan llenos de vida y, a la vez, están siempre preparados para besar a la muerte.

» Dime, Quimera, ¿de qué manera podría ser indiferente a seres que representan la dualidad?

—No es nuestra responsabilidad averiguar por qué pierden el sueño o qué los motiva a actuar.

—Esas no son las únicas cosas que de ellos admiro. También me ha hechizado su capacidad de creación, con sus barcos, sus comidas, sus canciones, sus vestidos y su forma particular de engendrar a otros por voluntad.

—Olvídalos.

—¡No puedo! ¿Acaso no recuerdas que es gracias a ellos que contamos con un repertorio de nombres con que señalizamos a los nuestros? Mientras más escucho e imagino, más quiero caer fuera de nuestra prisión para ir a saludarles.

—Entonces córtate los oídos y embota tu mente —sentenció Quimera—, con tal de que borres los anhelos de tu espíritu.

Uróboros se alejó tal como había llegado. Al haber silencio de nuevo, Quimera temió que su hermano tomase el sermón de la determinación erróneamente.

Capítulo 25

Acertó.

Semanas después de su conversación, Quimera notó que el Valle había estado callado y tranquilo en exceso, igual a antes de que naciera Uróboros. Su mente de inmediato cayó en la peor y más probable opción de todas.

Mientras paseaba, Quimera se encontró con otra hermana y desentumió su propia lengua para hablarle.

—Huitzil, ¿has visto a Uróboros?

—No desde hace unos meses.

—¿Meses?

—Suelo evitarlo. Sus preguntas me fastidian.

—Tenía pensamientos ridículos frente a ti también, ya veo. La última vez que lo vi, hablaba de humanos y de abandonar el Valle, así que temo lo haya hecho.

—La única salida de aquí es un destrono seguro a su lugar como Nnteral.

—Se lo dije.

—Imagino que no le importó.

—Le desinteresan las cosas equivocadas.

—Como fuere —retomó Huitzil—, no podemos estar seguras de que desertó hasta ver un nuevo huevo.

Antes de que partieran caminos tras una siesta que quién sabe en qué momento inició, una figurilla larga y escurridiza con pedazos de cascarón aún entre las patas, pasó frente a ellas y siguió de largo como si no las hubiera visto.

Pronto, todos en el Valle se olvidaron del desencajado Uróboros.

Al nuevo residente le llamaron Catástrofe.

Capítulo 26

El viajero se adentró en un camino largo, larguísimo, directo al sitio de donde brotaban voces y cantares todo el día a todas horas.

Uróboros no padecía de hambre, frío o sueño, por lo que ni siquiera perdió tiempo armándose un campamento cada que atardecía o cazando cada seis horas a alguna bestia para engullirla.

Lo llenaba de energía la posibilidad de conocer a uno, varios, o a un montón de humanos. Incluso había fantaseado con volverse el amigo de la comunidad que era su destino. Los más pequeños lo buscarían para presumirle sus juguetes nuevos y los más ancianos disfrutarían a su lado contándole historias del pasado.

Todos lo querrían tanto como él los quería a ellos.

Olería pan recién horneado todas las mañanas, ayudaría a encender fogatas por las noches, algún artista le enseñaría a manejar la guitarra, miradas amables lo recibirían y, si algún día decidía abandonar el pueblo para investigar más del mundo, le despedirían confiando en su valentía y deseando su seguridad, diciéndole que se pasara por ahí alguna otra vez aunque fuera solo para saludar.

No le interesaba continuar siendo una deidad si ello requería una condenación al silencio y un matrimonio irrompible con la soledad.

En su quincuagésimo octavo día de travesía, en esa hora entre el amanecer y la tarde, Uróboros divisó en la distancia casas brillantes y ¡personas! Iban y venían, sonreían y se quejaban, ¡estaban ahí, tan cerca de él!

Trotó todo lo que restaba del camino, pero su sombra ya había avisado antes a los villanos de la criatura que se acercaba, por lo que no tuvo que decir *hola* para que ya lo esperasen a las afueras del pueblo.

Un hombre grande, barrigón y de mostacho; una niña pequeña; dos mujeres que le recordaron a más bonitas Huitzil y Quimera; y un chico adolescente lo encararon antes de que pudiese poner una garra sobre la mágica ciudadela.

—¿Qué es eso? —preguntó la niña.

—Algún pecado que tomó vida propia —dijo el hombre, agitando un trinche que casi golpeó la nariz de Uróboros—, ¡algo que no debería

existir!

—Te equivocas —dijo la Quimera humana—. Se trata de un Nnteral. Sí que debe existir, pero lo que no tiene son razones para estar aquí.

—¡Sí que tengo...!

—Jamás creí que pudiese ver uno más que en libros —interceptó la Huitzil humana—, pero debo corregirte, hermana. Esta criatura ya no es más un Nnteral: cuando abandonó su reino dejó de cumplir con su deber, así que ya no pertenece a ningún lado ni es compatriota de ninguna raza.

—Vine aquí con ustedes para...

—Su voz es horrible —observó el chico.

—No me sentencien así, por favor. Mi nombre es Uróboros y los humanos me parecen admirables. Quería... Yo... Esperaba poder conocerlos.

—Lo siento mucho, Uróboros, pero, como lo han dicho, tú aquí no tienes cabida —dijo el hombre, bajando su trinche pero manteniendo su hostil habla.

—Está dictaminado que, cuando un ser por voluntad se opone al rol para el que fue creado, bajo ese que nació, entonces ha de abandonar nuestro mundo —explicó Huitzil humana, haciendo un gesto que abarcaba todo su alrededor—. Ya no le sirves a este cosmos.

Uróboros empezó a decir algo, pero Quimera humana alzó una mano para pedir su silencio y dijo:

—Como castigo por renunciar a tu reclusión, has de ser arrojado sin piedad fuera de aquí.

—¿Cómo se hace eso? —preguntó la niña.

—Matémoslo —sugirió el muchacho.

Huitzil y Quimera negaron, haciendo caso omiso también a las plegarias que comenzaron a burbujear de los labios de Uróboros.

—Por favor. Denme una oportunidad, idenme una chance, por tan poco como quieran concedérmela! Tan solo... Tan solo dejen que me quede unos días, unos momentos, para compartir su estilo de vida tal como lo he soñado. Tras eso, prometo irme.

—No se trata de alejarte solamente —explicó Huitzil—. Este plano, esta

realidad, te expulsará pronto. Lo que tú o nosotros queramos no importa.

—¿Cómo lo detengo?

—No puedes —dijo Quimera, con una voz demasiado parecida a la de su hermana.

Los ojos de Uróboros captaron de pronto borrones y movimientos que no estaban ahí; a lo lejos todo se veía borroso, y las esquinas de su cuerpo comenzaron a ponerse negras, desdibujándose para comenzar a reformarse en otro espacio que nadie conocía.

—¡Se los ruego!

Uróboros se precipitó hacia adelante, alargando las manos en gesto de implorante socorro. Su cuerpo se desvanecía y su mirada ya solo captó sombras.

La niña pequeña alargó también los brazos para tomarlo, pero fue detenida.

—Adiós, Uro...

Reapareció,

reformado,

en nuestro mundo;

cayendo desde un segundo piso.

Capítulo 27

Como estrella de la mañana despojada de su edén, Uro tropezó, resbaló y se desplomó con la velocidad de un cohete.

Las grandes baldosas sobre las que cayó se agrietaron como papel arrugado bajo su peso. Una zanja se abrió más abajo y el impacto hizo a Uro perder la consciencia por tormentosos segundos.

Durante estos instantes, su mente se agrandó absorbiendo y entendiendo todo lo que albergaba este nuevo mundo, desde el conocimiento básico formado por la mano de la naturaleza, hasta secretos susurrados por bocas que compartían la seguridad de las sábanas bajo un día oscurecido; y se achicó cuando su mirada recobró poder.

Habiendo comprendido hasta la más estúpida filosofía de nuestro mundo, el divino poder de los Nnterales le abandonó por completo, encogiendo su cuerpo y capacidades como globo que se desinfla tras debilitarse lo suficiente.

Uro era ahora su propia especie, la más miserable de todas: algo y alguien entre deidad y humano.

Apenas hombre, dios a medias, numen demoniaco, musa patética.

Verlo aquí en nuestro mundo era darse cuenta de que los misterios que aún no se resuelven tienen su razón de ser, pues ser apto para revelar todas las verdades es un pecado capaz de dar más que aquello con lo que se puede lidiar.

Tan pronto como llegó aquí, su alrededor se sumió también en el caos; personas gritaban, corrían, se desmayaban, lloraban, presentían peligro y sudaban miedo, y todo era por su culpa.

—¿Qué mierda es eso? —rugió alguien.

Uro se sacudió los destrozos de encima, mirando cuidadosamente hacia todos lados; se encontraba en algo denominado como centro comercial. Bajo sus garras captó despojos de aluminio, madera y plástico entre los que emergían inciensos despedazados y una tira larga de papel que anunciaba la inauguración del negocio.

—Lo siento —dijo, apartándose del estropicio que para él significaba un cadáver, y él era el asesino.

Los gritos se agravaron, los pasos se alejaban, y aquellas vidas con las que había soñado y sobre las que había puesto incontables esperanzas

que sabía eran capaces de cumplir, le negaban otra vez sus ambiciones.

Algo invisible como estaca candente le atravesaba el corazón cada vez que se giraba, miraba, y nadie extendía un abrazo, o si quiera un buen gesto, en su dirección.

Policías y valientes abandonaron sus puestos para dar caza a una supuesta abominación, bramando sobre un monstruo, maldiciendo a una criatura horrible que Uro no veía por más que señalasen a sus espaldas, cerca de su cola, directo a su frente.

Se dio cuenta de que las armas y las represalias eran dirigidas a él justo a tiempo para darse la vuelta y correr, un segundo antes de que un palo de escoba le aporreara la cabeza.

—¡Lo siento, lo siento! —gritó—. No fue mi intención destruir ese puesto.

—¡Que no escape!

—Ustedes, vayan por la izquierda; nosotros cubriremos la entrada principal.

—Andando.

—¡Se metió al arcade!

—¡Lo lamento! —rogó Uro—. Por favor, entiendan que no fue mi culpa. ¡Y tampoco...! ¡Tampoco sé por qué me persiguen!

No escuchaban. El temor ya les había dado razones suficientes para actuar.

Capítulo 28

El exterior ya era lo suficientemente ruidoso para cuando entró en aquella habitación oscura con niños riendo, gritando, quejándose, y cuyas manos y ojos se posaban ávidas sobre máquinas que titilaban al compás de sus movimientos.

Pocos se giraron al verlo entrar, por lo que los seres horribles (*ino pueden ser humanos!*) que lo perseguían le perdieron la pista.

Uro se escondió tras una caja que jugaba por medio de pelotas de metal y sus persecutores se quedaron en blanco al pedir indicaciones que generaban respuestas confundidas.

Una ráfaga de luz captada por el rabillo de sus ojos guio a Uro a través del espacio, dirigiéndolo hacia una puerta que daba al exterior. La abrió de un golpazo y se escapó sin haber escuchado a un chiquillo gritar:

—¡Ahí está! Lo vi, salió por allí. ¡Justo por allí!

Los pies de Uro comenzaron a sentirse cansados, como los de un bebé, para cuando abandonó el pequeño estacionamiento y se adentró en un camino de grava que se alejaba de la civilización. El centro comercial debía estar a las afueras del poblado, pues frente a Uro había montañas, un largo valle que le dio el regusto a un lugar escondido en su memoria, y dispersos campos de cultivo.

Uro se tambaleaba y tras él escuchaba un trillón de pisadas y gritos que parecían arremeter directo contra su espíritu.

A pesar del temor, Uro se giró para encararlos con la esperanza de hacerles ver que no suponía un peligro para nadie. Ninguna otra idea le vino a la cabeza pues ¿no eran los humanos quienes profesaban que la comunicación era la llave abridora de puertas con mil candados?

¿Por qué, entonces, los mensajes de quienes corrían tras él eran de pura violencia, resaltando por sobre todo unos puños sanguinarios?

Él mismo lo había dicho y Quimera lo complementó con su sabiduría: la dualidad de los humanos es peligrosa.

—Escúchenme, es lo único que pido.

Un puñetazo le arrojó al suelo y ya en el piso un montón de pies le patearon, cuyos dueños ignoraron deliberadamente los intentos de Uro por protegerse. Hacían caso omiso de los ruegos que salían de su

garganta envueltos de desolador miedo.

Lo arrastraron lejos, fuera de cualquier camino que conectara con la sociedad o la consideración. Le arrancaron las garras y le tumbaron los dientes.

Su rostro era una masa empapada de sangre, hinchada y aún sollozante.

—¿Por qué...? —se lamentó, no tan abatido físicamente como lo estaba por dentro, en una zona intocable y recóndita que poseemos todos—. ¿Por qué, si hablo y sangro igual que ustedes, me ven con tan despiadados ojos?

—¡Cállate!

—Jamás les haría yo a ustedes lo que me hacen ahora.

—Que te calles, he dicho —le advirtió alguien.

—Esta bestia no hace más que gruñir tonterías —dijo un segundo sujeto.

—Aunque no lo hiciera —sentenció el último—, jamás podría ser nuestro igual.

—¡Son tan crueles! —lloró Uro—. Ustedes... Ustedes son las criaturas más despreciables que haya conocido; a pesar de haber vivido por siglos, en los que no dejé nunca de enterarme de reyes viles, guerreros depravados y monstruos ruines, los hombres son peor que todo a lo que me he enfrentado y de lo que he rehuido.

» Nadie más que los de su clase sería capaz de mirar sus crímenes a los ojos y sonreír con orgullo.

Miró con cuidado a cada uno, quienes le devolvían una atención dividida e intrigados más bien por la hora adecuada para irse a casa.

—Me tachan a mí de engendro siendo que yo jamás lastimé a un inocente, mientras ustedes son alabados por hacer lo mismo. Aún así, no puedo hallar la manera de odiarlos, y eso es lo que más me duele.

Uro cerró los ojos y se cubrió la cara.

—Lo que sé, es que ya no quiero más estar aquí con ustedes.

Fingió no escuchar los planes de aquellos depravados y dejó que lo tomaran, arrastrándolo de nuevo, hacia el lugar donde cavaron su tumba

mientras él se reconfortaba en el llanto.

Lo echaron a un agujero poco profundo, pero increíblemente frío, lo cubrieron a tope pensando que por su rigidez ya estaba muerto y se fueron a celebrar otra victoria contra las fuerzas de lo desconocido.

Abatido más allá de la razón, Uro eligió dormir.

Capítulo 29

Salió del agujero porque, quizá, su cuerpo deseaba sobrevivir más que su mente.

Era mortal ahora, pero no quería fallecer en esta tierra, en este mundo infestado de crueldad y desilusiones.

Lo que había dicho no era mentira. De hecho, era probablemente la cosa más real que jamás habían despedido sus labios: no quería estar con los humanos. Aun así, los seguía amando.

Algo sin duda mucho más terrible, y lo que le daba más desesperación, era saber que lo que pensaba e idolatraba de los humanos no era mentira. La bondad existía. La risa existía. La unión y el amor ciego por supuesto que existían, pero le habían negado esos manjares; eso era mucho peor que descubrir que de tu despertar jamás podrías volver al sueño. Porque, en su caso, ese sueño era una realidad enjaulada lejos de su alcance, y ni residuos de esta lograron gotear a través de las rejas.

Estás solo, Uro.

Empezó a arrastrarse, queriendo volverse uno con el barro.

—Fui un alma anhelante de libertad destinada al encierro, y por ser demasiado optimista caí en un mundo vanidoso poseyendo un cuerpo horrible —se dijo, incapaz de controlar las lágrimas—. ¿De qué cruel chiste soy el remate? ¿Qué lección se enseña a expensas de mi vida?

Bajo todo el conocimiento que había arrebatado inconscientemente a este planeta, existía algo que asemejaba al sentimiento en su pecho: la necesidad de estar solo y huir, pero sin querer hacerlo del todo.

Un punto medio.

Un umbral.

Había más cosas que influían en la creación y las experiencias que brindaba ese lugar, pero a Uro lo que le servía era el vacío incompleto que lo caracterizaba.

Los Backrooms.

Eran un universo inventado que muchos fingían era real. Uro podía hacer lo mismo.

Uro podía hacer que se volviera verdad, a fuerza de voluntad y con el poder absoluto de la tristeza como motor principal.

Uro creó el escape ideal, pero este no estaba bajo su comando pues él no era su Dios, sino un miserable demasiado destrozado en busca de un escape.

Uro estaba listo para alejarse por completo de la humanidad a un mundo donde siempre los recordaría. Lejos en cuerpo, cerca en mente y sensaciones.

—Para ingresar —oyó una voz irreal, de repente preguntándose por qué lloraba y, vaya, ¿de dónde venía tanto dolor? —, perderás todo lo que eres.

—Lo que sea. Lo que haga falta para olvidarme de ellos.

—Está hecho.

El cuerpo de Uro se volvió pesado al punto en que comenzó a hundirse entre el lodo y el césped, para luego retornar a su peso normal, luego como un montón de arena, como plumas, como aire y finalmente como helio que comenzó a elevarse a un lugar distinto del cielo.

Comenzó a sonreír, pero... ¡Pero...!

No puedo dejar que lo haga.

—¿Qué?

Su cuerpo recobró visibilidad y cayó a donde mismo, arrastrado por mis manos omnipotentes.

—¿Qué haces? —gritó Uro.

No perteneces ahí, lo sabes.

—Me quiero ir.

Siempre dices eso.

—¿Quién rayos eres tú ahora? ¿Otra parte de mí, un Uro renovado, un Uro valiente, un Uro mártir? ¿Eres la antítesis de mi dolor?

Ponme el nombre que quieras, pero preferiría el de La Parca, pues me aseguraré de que mueras aquí.

—Mi corazón ha muerto ya demasiadas veces, idéjame ser feliz!

Este arrebató no te traerá más que miseria. Recuerda lo que dijo Quimera cuando naciste.

—¿Quién es Quimera?

Muérete ya, Uróboros.

—¿Quién es Uróboros?

Tú.

—Yo me iré de aquí.

Impos—

Se levantó tambaleante.

¡Imposible!

Algo en medio del aire le tomó con fuerza de los hombros; Uro se sacudió, gritando, gruñendo, ignorando como lo habían ignorado, y se arrancó a sí mismo de aquellas manos invisibles de un fuerte tirón.

Su brazo izquierdo fue liberado, pero el derecho continuó preso; sin embargo, Uro estaba determinado a soltarse aún si eso significaba romperse los propios huesos y desgarrarse los tendones como pedazos de cuerda vieja.

Hizo exactamente eso.

Sus ojos comenzaron a escudriñar el horizonte.

¡Quédate quieto!

Buscaba a alguien.

Uróboros. ¡Uróboros, detente!

—No merezco quedarme aquí, y te lo demostraré.

Capítulo 30

Atento, alzó la mirada tras haber recorrido un gran tramo a pesar de sus mortales heridas.

No se detenía.

No hacía caso a nadie.

Captó los últimos movimientos de las hojas de un arbusto tras el que algún tonto se escondía.

El cuerpo de Uro se tensó.

—Ya lo verás.

Con sus armas temblorosas, estaba listo para atacar.

Alguien gritó cosas a su espalda y por encima de su cabeza, una voz familiar que prefirió no recordar.

Su espalda se crispó y sus ojos cayeron de inmediato sobre una mata de lacio cabello perteneciente a un chiquillo despistado.

—Lo siento.

Uro saltó sobre él, quien gritó y pataleó, pero sus luchas no le hicieron ni cosquillas al monstruo. Los pedazos que quedaban de sus uñas rasgaron la ropa del niño y atravesaron su carne. El aroma de la sangre caliente provocó a Uro un nudo en el estómago.

Entretanto su mente sabía cuán injusta era esta sentencia, su boca no perdió coraje y comenzó a abrirse. Sus troceadas garras de una única mano actuaron por cuenta propia e hicieron al niño llorar violentamente.

Uro quiso ser sordo.

¿Dónde está la piedad?

Miró hacia arriba pero solo veía sombras borrosas.

¿Dónde está el Uro lector y por qué me deja hacer esto?

El niño dejó de gritar. Uro no podía detenerse, ya no.

—Condéname —rogó.

Llegó al tierno corazón, mareado y lleno de autodesprecio. Le sacó las tripas para comerlas.

—Estoy devorando a un niño —lloró—. Lo maté, lo desgarré y me lo estoy tragando.

Te miró directo a los ojos, más vivo que nunca.

—¿Estás ciego?

¿No ves cómo lo devoro, a este pequeño?

Uro rugió.

Te lo ruego, no lo escuches.

—Condéname, condéname.

Detente.

—Condéname —rogó, mientras masticaba carne sagrada.

Para ya.

—Merezco el peor castigo por ser como soy.

No lo escuches.

—De ti dependo.

De ti depende, todo.

—Te lo ruego.

Te lo advierto.

—¡Déjame...!

morir.

Capítulo 31

Maldito seas.

—Gracias.

El viajero sonrió cuando su cuerpo comenzó a sentirse ligero y brillante.

Uro estaba desconectándose de su yo del ahora para emerger en otro igual a sí mismo, más nuevo e increíblemente feliz.

Percibía a sus extremidades como apartadas de su torso sin que él hiciese algo para provocar tal sensación.

Se agitó.

Lo que sentía era algo entre hormigueo y entumecimiento.

Sus dedos se pusieron en punta, todos rectos, y así se quedaron. El calor de la tierra desapareció poco a poco.

Volaba.

Volaba lento, sin intención de hacerlo.

El frío era más profundo mientras más subía. No quería abrir los ojos.

Frío, brisa.

Se agitaba, se estremecía, pataleaba y no chocaba contra nada.

Seguía subiendo.

Sus dedos se pusieron tan fríos que dejó de sentirlos, y el entumecimiento escaló hasta su pecho. Su cabeza se alargó, dio vueltas, y su boca desapareció. Todo era oscuro, pero ahora estaba consciente de que no tenía ojos porque tampoco sentía los párpados.

Frío le entumeció el cerebro mientras continuaba subiendo sin rumbo.

La brisa se transformó en viento y luego en ráfagas entretanto su cuerpo se alargaba más y más; frío, frío, y luego caliente de golpe.

Alguien allá arriba lo esperaba, lo jalaba, lo alzaba y lo besaba con tanto

cariño que su piel se incendió.

Quiso reír, quiso gritar, pero solo pudo brillar mientras seguía elevándose.

Él, caliente; su alrededor, completamente helado. Tembló y aquello sólo provocó más luz.

Arriba, arriba, subiendo y subiendo a los brazos del vacío para echar la siesta en una caja sellada y beber del seno del desconsuelo, donde otros más como él también habían dejado de llorar por algunos instantes.

De vuelta al inicio.

Vete, y detente en el treinta.

El viajero prospera solo antes de alcanzar su destino.